

VII CERTAMEN ESCOLAR RELATOS CORTOS “HERMANO EDUARDO MONTERO”
ASOCIACIÓN DE ANTIGUOS ALUMNOS COLEGIO NTRA. SRA. LOURDES
2º Premio Categoría A

LA SABIDURÍA DE LAS PALABRAS

LEYRE MARTÍNEZ ESTÉBANEZ
3º C de ESO

Algunas veces encuentras en la vida una amistad especial: ese alguien que al entrar en tu vida la cambia por completo. Ese alguien que te hace creer que en el mundo existen realmente cosas buenas. Ese alguien que te hace reír sin cesar; ese alguien que te convence de que hay una puerta lista para que tú la abras. Esa es una amistad eterna... Pablo Neruda. —dijo la madre a sus hijas—. Recordadlo siempre. Buenas noches queridas mías.

London y Paris eran dos hermanas gemelas de 13 años y amigas inseparables. Vivían en una pequeña granja en el norte de Escocia. Vivían con su preciada madre la señora Brown. Tenían una vida medianamente feliz aunque, en lo más profundo de los corazones de la familia Brown se notaba el profundo dolor por la pérdida de su querido padre, el señor Brown. No obstante, esto pasó hace mucho tiempo, cuando las gemelas tenían tan sólo cinco años. Pero, aunque aquel desgraciado suceso ocurrió cuando tenían una temprana edad, ellas le recordaban como si fuese ayer cuando corrían por los inmensos e infinitos prados de color verde primavera, sintiendo la ligera brisa de la mañana rozar sus sonrisas de felicidad interna, o cuando paraban a descansar por la falta de aire producido por aquellas risas y carcajadas que provocaban las cosquillas.

En aquel tiempo eran la familia más envidiada del condado. Aquella a la que cualquier vecino que pasaba por la granja, se paraba a saludar, y los Brown respondían como si cada día fuese una fiesta que había que celebrar.

Eran muy afortunados de ser una familia tan hermosa y dichosa, y de tener un padre y una madre que a pesar de las horas de trabajo que hubieran tenido que hacer, siempre llegaban a casa con una sonrisa tan grande que llenaban hasta el último rincón de la casa, con el calor de un hogar y la alegría.

El señor Brown era agricultor y trabajaba en el campo desde que salía el sol de la mañana, hasta que el último rayo de sol del día desaparecía entre las nubes y oscuridad, para dar paso a la luz de la hermosa luna.

La señora Brown era la matrona del condado y viajaba a caballo con su carruaje hasta la casa de la familia a la que tenía que ayudar. Aunque vivieran en la década de los años 50 y ya existiesen coches por aquel entonces, no todas las familias podían permitirse aquel lujo y mucho menos los Brown, que vivían en una zona bastante pobre.

London y Paris eran dos niñas muy risueñas y muy educadas. London, la pequeña, aunque sólo por unos minutos... era la más lista de las dos, la encantaba las matemáticas y la biología, era muy cuadriculada y de las más destacadas de la clase por su destreza con los cálculos. Tenía el pelo de un color rubio dorado, tan fino como la seda, ondulado como las olas y unos ojos azules agua marina que cuando los mirabas con detenimiento sentías navegar por un mar azul infinito.

En cambio, Paris era una chica muy alta para su edad, esbelta y tenía el pelo castaño, color chocolate, muy liso y con un flequillo que caía por su largo cabello y la tapaba la frente de piel blanquecina. Adoraba leer, era su pasatiempo máspreciado y con el que más disfrutaba, pero también la encantaba escribir, expresarse, imaginar historias y desmigalarlas en un papel. Eran como derecha e izquierda, como el blanco y el negro, como el sí y el no. Tenían gustos totalmente diferentes, pero tenían algo que las unía y no era la sangre compartida, no, era algo que no podían explicar, un algo, que hacía que no pudieran vivir separadas.

Iban al colegio todos los días excepto los fines de semana en los que ayudaban con la granja recogiendo los huevos de las gallinas, dando de comer a las vacas, a los perros y gallinas, bueno, esto realmente lo hacían a diario, pero también ayudaban a su madre con las tareas domésticas.

Probablemente leído de esta manera, puedas llegar a pensar que era la familia perfecta, pero ni mucho menos, tenían sus conflictos y debates, pero un tiempo atrás ya aprendieron la lección, y como la vida y el futuro son misterios impredecibles, siempre se perdonaban al cabo de un rato.

Así era la vida de los Brown, bastante sencilla y ajetreada, hasta que llegó el octavo aniversario y cosas raras empezaron a surgir en aquella casa...

London, siempre, el día del aniversario del fallecimiento de su padre no asistía al colegio, sentía que si iba era como si le estuviera ignorando. Estaba claro que tenía una imaginación fascinante, ya que cada vez que se sentía triste, apagada o desamparada, imaginaba que estaba con él y mantenían largas conversaciones. Bien, pues la noche anterior al triste aniversario, cuando London había acabado de cenar un trozo de pan y un vaso de leche subió a su cuarto y en el instante en el que cerró la puerta oyó a Paris gritar.

—London,— gritó Paris, —¡baja de allí ahora mismo y haz lo que mamá te ha dicho que hagas!

—Ya voy—contestó London entre sollozos, odiaba que la gritasen, era algo que la provocaba sentimiento de culpabilidad y tristeza.

—Madre dice que barras el porche de la casa, y que te des prisa que va a oscurecer pronto.¿A qué esperas!?! —dijo Paris. London cogió la escoba y se dispuso a salir fuera, hacía fresco y empezaba a oscurecer, por lo que cogió también una linterna. Una vez fuera, y cuando ya llevaba un rato, empezó a tararear una canción. Qué raro, se dijo a sí misma, “¿dónde la habré escuchado?”. Ella seguía tarareando, pero no llegaba a acordarse de la letra. De repente, como si nada, Paris abrió la puerta y se paró en seco al oír la canción. —¿A ver?—dijo ella—sigue cantando por favor, ¿Esa no era una nana que cantaba padre?.

— ¡Ah!, pues puede ser, pensé que igual la había escuchado en el colegio—dijo London—, vamos a preguntar a madre a ver si la suena de algo, o si tal vez, sabe la letra—. Pues sí, la señora Brown se acordaba de la canción, de hecho lloró de la emoción. ¿Cómo era posible que se acordaran si eran muy pequeñas cuando la cantaba?, se decía a sí misma. La letra estaba en francés porque Mr. Brown vivió una temporada allí y sabía palabras en el idioma, pues era algo así como: Dormez mes filles, dormez maintenant, imaginez des mondes, trouvez le parchemin, il est dans la maison, il conduira à la clé, à quelque chose... pero Mrs. Brown no se acordaba de más.

— Pues traduzcámosla, ¿no?—dijo Paris—¿Dónde estaba aquel viejo diccionario London, te acuerdas?. Se encontraba en la pequeña biblioteca secreta oculta

en el desván, aquel desván de los sueños rotos, aquel desván de triste soledad y oscuridad, que daba tristeza pensar que todo aquello perteneció a alguien, pues ¿qué cruel es todo? ¿Por qué le llegó la hora a mi pobre padre al que se le añora?. —¿Qué te parece London?, ¿te gusta mi poema? —dijo Paris—. Es un poco corto pero ya lo alargaré...

—¡Ay Paris ya me acuerdo! ¡El desván! ¡El desván!— exclamó London.

Las dos gemelas subieron a buscar el pequeño diccionario, la verdad, es que se veía a simple vista, pero una vez que entraron allí se quedaron exhaustas al ver la cantidad de cosas que había. El señor Brown les tenía prohibido subir allí, ya que aquello era como abrir un baúl de recuerdos que eran complicados de olvidar, pero allí encerrados, tal vez en algún momento, ella pensaba que se podrían dejar marchar. Pues London y Paris no se rindieron y después de buscar durante un buen rato encontraron el pequeño, viejo y muy usado peropreciado diccionario. Aquel librito de cientos de páginas que guardaba en estanterías todas o prácticamente todas las palabras dichas en un idioma tan bonito como es el romántico francés. Para Paris las enciclopedias, las novelas, los libros, los cuentos y los diccionarios eran tesoros que guardaban algo tan bonito como son las palabras, cosas tan simples y a su vez tan complejas pero tan usadas y tan útiles que casi no apreciamos y no nos preguntamos siquiera qué haríamos sin ellas. Tras un buen rato de intensa búsqueda de palabras dieron con la traducción de cada una, pero antes de juntar todas para ver qué decía en conjunto, London se quedó dormida y tras ella, su hermana gemela. Y entre sueño y sueño, fueron pasando las horas de la oscura y silenciosa noche.

A la mañana siguiente, oyeron unos llantos debajo de ellas, y resultó ser la señora Brown quien lloraba desesperadamente. Se le notaba la tristeza y el vacío que sentía en su interior. Rápidamente, London y Paris acudieron a ella. Madre, no lloreis —decía Paris, de quien también brotaban lágrimas de pena y compasión. London se unió a ellas y todas ellas se fundieron en un bonito y acogedor abrazo. La señora Brown rompió el silencio diciendo: ¿sabéis qué?¿qué os parece si celebramos una fiesta en honor al señor Brown? No para celebrar su partida, claro que no, si no para sentirnos más unidas a él—dijo.

Me parece bien, —dijo London, tras una pequeña pausa. Bien, pues marcharé al pueblo e iré a por algunas cosas para luego, ya veréis —dijo la madre.

Madre, ¿queréis que la acompañemos?—preguntó Paris. No, no querida, te lo agradezco, pero no es necesario, quedaos juntas y cuidad la una de la otra, ¿me habéis entendido?—dijo la señora Brown. ¡Sí, madre!—dijeron al unísono.

La señora Brown marchó al pueblo, y en seguida las hermanas subieron al desván con una manzana cada una para continuar con la búsqueda. Unieron las palabras y leyeron lo que salía: dormid hijas, dormid ya, imaginad mundos, encontrad el pergamino, está en casa, llevará a la llave, de algo...

— ¡Qué raro!, esta nana llevaba un mensaje oculto, ya decía yo que algo raro tramaba padre, pero, ¿qué será?, —dijo Paris, quien no paraba de moverse por el desván inquieta por comprender todo aquello. Encontrad el pergamino... está en casa..., repetía una y otra vez. ¿London tú has visto alguna vez un pergamino?, preguntó.

— ¡Pues claro que he visto pergaminos!, dijo ella, y ambas empezaron a reír.

— ¡A ver!, que no me has entendido London, uno en casa, dijo entre carcajada y carcajada, Paris.

— ¡Pues no! la verdad, respondió su hermana. No sabían nada, pero nada de nada, desconocían aquel misterio. Pero no era uno cualquiera, sino que conducía a un misterio que el señor Brown dejó en blanco. No, no debían hacer de Sherlock Holmes ni nada de eso. Era un poco más extraño todo aquello. Un pergamino...un pergamino...dónde había un pergamino...

— ¡Caracoles! En la mesilla de noche de madre había un trozo de un papel oscuro,— dijo Paris, quien escurridiza no quería contárselo a su hermana. Iba a ser una tarea complicada, bastante compleja, aun así, creía superar el reto. Bajó corriendo las escaleras, pero como era de esperar, se tropezó y cayó rodando hasta que llegó al piso de abajo. Tuvo suerte y no se hizo daño pero... cuando miró al escalón de madera en el que se había tropezado... ¡resulta que la pieza de madera se había levantado! y ¡había una caja dentro!. Rápidamente la abrió y para su sorpresa no encontró más que un trozo viejo de papel. Lo cogió, lo miró y no había nada escrito, entonces se dispuso a buscar una papelera, cuando apareció London,

— ¿Qué haces Paris? Esta, le arrancó el trozo de pergamino de las manos y dijo, ¿dónde lo has encontrado?.

— Desde las escaleras, respondió, - me he tropezado y había una caja debajo del escalón.

— Pero, ¡qué estás diciendo!;cómo que una caja! ¡Pero si estás sangrando del brazo! Anda, límpiate la herida antes de preocupar a madre. London, —dijo Paris esto del trozo de papel, no se lo menciones a mamá, por favor. Vale, dijo esta, queda entre nosotras. Mientras que Paris se dirigía al baño, London subió las escaleras y para su sorpresa, no había ni caja ni nada, qué raro, será cosa de su imaginación, pero, ¿y el papel ese largo entonces?.

El papel, estaba en blanco, era de un blanco amarillento, como si hubiese estado mucho tiempo encerrado en una caja, un folio sin nada, ni una mota de tinta invadía su espacio, nada.

—Paris, replicó London, si esto no tiene nada, puede que sea buena idea devolverlo a su caja, ya se me ocurrirá algo que hacer con ella.

Mientras, Paris canturreaba enfrente del espejo, como si lo que hubiera pasado no tuviese ni una mísera pizca de misterio, total, ¡era sólo un papel en blanco!.

De repente sonó el timbre de la casa. Date prisa Paris, dijo London, ¡madre te va a pillar!

—¡Que ya voy!—contestó ella. London fue a abrir la puerta a su madre, y para su sorpresa, no había nadie en la puerta, ni rastro de Mrs. Brown. Miró a un lado y al otro y nadie, pero justo cuando fue a cerrar la puerta, vio en el suelo otro folio, estaba doblado a la mitad y mojado debido a la lluvia.

—Paris,—dijo London,—ven aquí, por favor.

Paris se acercó y preguntó:

—¿y esto?¡qué raro!, ¡si no había nadie!, ¿quién pudo llamar a la puerta?¿el viento?.

Ambas abrieron el sobre, pero éste, afortunadamente, sí que llevaba mensaje. Decía: “queridas hermanas Brown, se os ha encomendado venir a esta cita mañana”. Pero nada más.

¿Cómo que nada más? Da la vuelta al folio, por favor, —dijo Paris nerviosa.

Para su sorpresa solo había escrita una dirección.

¡Ah! —dijo London, yo sé donde se encuentra ese lugar, pero nadie antes se ha atrevido a entrar, es una casa, un tanto oscura, y misteriosa. Pero no tengo miedo, mañana vayamos allí y veremos qué es lo que pasa.

A la mañana siguiente, Paris se levantó según cantó el gallo, era una chica muy madrugadora además de organizada y observadora. London se levantó tras ella, ambas se vistieron, desayunaron y decidieron ir a aquel lugar.

Era un sitio un tanto extraño, pero llamaba la atención, era sombrío, pero tenía un toque de misterio, así que decidieron adentrarse en la aventura.

Entraron por la puerta y la madera crujió, era un lugar antiguo, estaba lleno de telarañas y polvo.

Paris, de repente estornudó, ¡Achus! Y delante de ella se reveló un cuadro, un tanto raro, parecía una puerta tras ella. London, examinó, era un cuadro que representaba una familia, a simple vista de mucho dinero, era antiguo, pero se conservaba en perfecto estado. London, tocó y vio que efectivamente era una puerta que conducía a unas escaleras. Las hermanas encendieron sus linternas y se dispusieron a adentrarse en aquel oscuro laberinto de ruidos y emociones. Emocionadas, tristes, asustadas, aterrorizadas, cada escalón provocaba una emoción distinta, hasta que por fin llegaron a la planta que conducían estas escaleras. De repente, London comenzó a canturrear la nana de su padre, segundos después se encendió una luz en una sala que había al final de la planta. ¡Chist! ¡Calla London! —dijo Paris—. London calló, y la luz se apagó. Probó a cantar de nuevo y la luz volvió a lucir con un color amarillo brillante. Avanzaron hasta aquel extraño lugar, entraron por la puerta y se encontraron con un

hombre, un hombre mayor, de pelo blanco y larga barba blanca, estaba mirando al suelo. Llevaba unas gafas finas y su aspecto era un poco descuidado. London saludó, pero no hubo respuesta. Esta vez, probó Paris, saludó con un —Buenos días señor— pero siguió sin obtener respuesta. Se quedaron quietas esperando un movimiento o un suspiro, pero nada surgió, hasta que el señor dijo en voz baja, —como es posible que un hombre tan grande fuese derrotado por una cosa tan pequeña, ¡una abeja! ¡hay que ver!— lo repetía una y otra vez.

—Perdonadle—. Decía un joven apuesto que entraba por la puerta de la sala en ese preciso instante. —Padre sentaos, estáis muy enfermo, debéis descansar,—dijo el joven chico.

—No me he presentado, perdonenme, soy Leonard Brown, hijo de Arthur Brown—dijo, y prosiguió—fui yo quien os escribió una carta el otro día pidiendo vernos aquí. Resulta que debéis escuchar una cosa. Mi padre cayó enfermo debido a la muerte de su hermano Frederick Brown, vuestro padre, un hombre sabio, fuerte y valiente. Le echaba tanto en falta que desde entonces siempre quiso veros, pero ahora está tan ciego que me ha pedido a mí que os lea estas palabras que vuestro padre quiso contaros, entonces sacó un folio y empezó a leer:

“Lo vacío está vacío si uno quiere que lo esté. La llave abrirá una puerta si es la correcta, pero hasta que lo sea, uno tiene que buscar y no rendirse. Hay millones de llaves en este mundo, pero solo una abre una puerta en concreto. Vosotras sois la llave de vuestra vida, respetadla, amadla y no la perdáis, seguid vuestro instinto y a vosotras mismas. No hagáis caso a las malas influencias. El ser humano es un ser que tiene muchas capacidades, muchas cualidades, y muchas características entre ellas la fragilidad. El ser humano es un ser frágil. Sed vosotras quienes mandéis vuestro camino. Sed vosotras quienes guiéis vuestro caminar. Sed vosotras quienes toméis un folio en blanco y escribáis vuestra historia desde la nada. Porque desde ahí, es donde surgirá la fantasía de el todo”.